

---

## LA PREGUNTA SIN RESPUESTA

AGUSTÍN GONZÁLEZ GALLEGO

Hay que reconocer que las dos preguntas de este segundo foro de *Ludus Vitalis* llaman la atención y dan qué pensar. A mí me ha asaltado una serie de preguntas: ¿Cómo puede responder a estas preguntas un químico, un pintor, un artesano, un director de cine, un matemático, cuando se incluye en las mismas su idea de futuro unida a la acción humana? O, ¿es posible que sólo se piense en determinadas disciplinas a la hora de hacerlas? —y si es así, ¿cuáles son esas disciplinas? ¿Cada preguntado tiene que inventarse una idea de futuro o explicar su sueño aunque sea feo?, y por último, para no excederme, ¿cuál es la finalidad del foro que se alimenta con estas preguntas? La verdad es que me siento desorientado. No saber dónde está situado mi interlocutor ni cuál es su finalidad, en definitiva, no conocer ni el juego ni, por consiguiente, sus reglas no es la mejor situación para reflexionar —algo que sí se daba en foro anterior. También es posible que mi nula relación con futuribles sobre la acción humana lastre mi perplejidad. Soy poco amigo de los profetas y desconfío mucho de mis sueños. Creo más en las preguntas que en las afirmaciones, en las debilidades que en las seguridades, en los fieles que en los sacerdotes, en los dirigidos que en los dirigentes, en los soldados que en los generales.

No puedo responder directamente a las preguntas, pero sí puedo reflexionar sobre ellas, dado que, dentro de la filosofía, me muevo en la provincia de la antropología filosófica, en la reflexión sobre el hombre, que diría mi amigo José María Ortega. Situados ahí, la historia de la filosofía, vista diacrónicamente, nos presenta todo un abanico de respuestas a la pregunta “¿qué es el hombre?”, que bien podríamos agrupar bajo dos tensiones: a) las dogmáticas o cerradas, que parten de presupuestos anteriores a la pregunta. Son siempre ideológicas y para ellas el hombre es un tema, una parte más de la realidad, que se resuelve desde la metafísica que da razón del mundo, y b) las que preguntan o abiertas, que pretenden alcanzar que sea el hombre, a través de sus manifestaciones y de las aportaciones que las diferentes ciencias van haciendo sobre la especie *Homo sapiens*; para ellas el hombre no es un tema, es un problema a

---

Antropología Filosófica y Filosofía de la Cultura, Departamento de Humanidades, Universidad de Barcelona, España. / GONZAGA@telefonica.net  
Última contribución a *Ludus Vitalis*: “El mundo es cosa de los *Homo sapiens*”, vol. XIV, num. 25, 2006, pp. 239-242.

plantearse. Las primeras suelen permanecer inalterables a lo largo del tiempo, a la vez que dibujan su predicable futuro si la acción humana se universaliza siguiendo sus pautas. Las segundas no hacen otra cosa que generar preguntas que giran en círculo alrededor de la pregunta esencial: ¿qué es el hombre?

La férrea disciplina con que las leyes físicas mantienen la uniformidad del mundo inorgánico quedó rota el día en que una determinada combinación química inició el proceso de lo orgánico, de la vida. Pero la verdadera revolución comenzó cuando una de las muchas cabriolas que el proceso ha generado dio lugar al *Homo sapiens sapiens*. La naturaleza, ahora, dejó en sus manos la parte más importante del proyecto. El resto de las manifestaciones de la vida cumple con envidiable tozudez el programa genético transmitido de generación en generación. Sin embargo, la aventura del hombre comienza con la desorientación. Su *modus operandi*, su manera de habérselas con las cosas, lo realiza por medio del conocimiento y su resultado es la cultura. Dar nombre a las cosas es su acto primigenio; transformar la ignota realidad que le rodea en mundo humano, conocer, explorar, hacerse preguntas, su tensión existencial. Preguntarse por sí mismo puede que sea la pregunta orientadora de todas las preguntas y respuestas.

Ante la pregunta que consideramos esencial Heidegger nos dice:

¿Quién es el hombre? He aquí algo que, para la filosofía, no está escrito en el cielo. Al contrario, trátase, en este caso, de lo siguiente:

1. La determinación de la esencia del hombre jamás es respuesta, sino, esencialmente, pregunta.
2. El preguntar esta pregunta y su decisión son históricas, no de modo general, sino que constituye la esencia del acontecimiento histórico.
3. La cuestión de quién sea el hombre siempre se tiene que plantear en conexión con esta pregunta: ¿qué pasa con el ser? La pregunta por el hombre no es en modo alguno antropológica, sino histórica y metafísica" (*Introducción a la metafísica*).

No es pensable, pues, y a ello apunta la intención fundamental de la filosofía, una interpretación del mundo en la que esté ausente el ser humano, o una del ser humano en la que esté ausente el mundo.

Si la pregunta por el hombre crea la necesidad del discurso antropológico es porque pensamos que el hombre tiene un estatuto especial, pero "¿quién nos dice que el hombre representa una región especial del ser, a la que se ha de consagrar una disciplina?", "¿cómo se puede pensar que una especie animal concreta —justamente la del hombre— se diferencia del animal como tal", se preguntan los antropólogos. ¿No podría ser que fuéramos un ser vivo como los demás y que esta diferencia esencial no fuera tal, es decir, que el hombre construye al hombre desde su narrativi-

dad? Preguntas que necesariamente nos obligan a plantearnos una cuestión previa: el puesto del hombre en el cosmos, en la línea de M. Scheler, A. Ghelen o H. Plessner. Por otro lado, tenemos que tener en cuenta que el hombre no sólo es sujeto de la historia, sino que también se objetiva en ella, que obra y actor se relacionan dialécticamente, lo que pone de manifiesto la necesidad de recurrir a la historia como lugar privilegiado para seguir su rastro. W. Dilthey, K. Marx, J. Ortega y Gasset, J.P. Sartre, entre otros, así lo hicieron para mostrar la pertinencia de sus propuestas antropológicas. Como señala E. Cassirer:

El arte y la historia representan los instrumentos más poderosos en nuestro estudio de la naturaleza humana. ¿Qué conoceríamos del hombre sin estas dos fuentes de información? [...] La historia, lo mismo que la poesía, es un órgano del conocimiento de nosotros mismos, un instrumento indispensable para construir nuestro universo humano" (*Ensayo sobre el hombre*).

Y esto, porque cada teoría de la historia, cada cultura, cada concepción del hombre, se construye sobre una idea de hombre, sobre una antropología que funciona como idea reguladora de todo el sistema.

Si la pregunta por el hombre plantea aquello que el hombre da qué pensar, sus conclusiones deben ser abiertas, con conciencia del momento histórico en el que se inscriben, sin pretensiones fundamentalistas y, en la medida en que el investigador se juega aquí su propia imagen, cargadas de pasión. A la hora de la verdad, cuando hablamos del hombre, estamos poniendo en cuestión su destino, cosa nada baladí. Hablar del hombre es hablar de lo humano. Preocuparse por el hombre es preocuparse por el mundo humano. Si el hombre infesta el mundo, si el hombre se constituye en su actividad, el saber sobre el hombre deberá abarcar al hombre en su totalidad. Deberíamos añadir algo más: El saber sobre el hombre debe ser fundamental y, en cuanto tal, posibilidad y horizonte de todas las verdades, dado que debería entregarnos la estructura universal de lo humano, aclarar las condiciones *a priori* de toda experiencia humana. Reflexión que nos obligará a preguntarnos por esa relación con todo lo que nos rodea, por eso que, con la relación, queda inmediatamente transformado en mundo humano. "Hombre soy, y nada de lo humano me es extraño", sentenciaba Terencio.

La reflexión filosófica tiene que valorar críticamente todos los datos que proporcionan las diferentes ciencias, como afirmábamos anteriormente, para intentar integrarlos en una totalidad y que, así, sean fecundos para la comprensión del hombre. Sólo el hombre tiene un mundo y está en el mundo, de ahí la necesidad de tener en cuenta la información que sobre el hombre nos aportan y no limitarnos a la simple contemplación y comparación de sus rasgos individuales. Ahora el discurso debe ser posi-

tivo, aunque no reduccionista, y su carácter abstracto no debe impedir la relación con lo inmediato, pues la pérdida de la inmediatez significaría la pérdida de lo antropológico. Lo humano implica “un saber mucho más amplio que aquel que se reduce a parcelas o regiones del hombre”. El discurso sobre el hombre debe abarcar su multidimensionalidad e intentar superar viejos etnocentrismos, mantener como horizonte irrenunciable la aspiración a la totalidad como único marco en el que el hombre puede ser comprendido.

La conciencia histórica de lo humano nos permite comprender que todos los acontecimientos que se den en cualquier parte del planeta de alguna manera nos implican, que convivir; en palabras de María Zambrano (*Persona y sociedad*):

quiere decir sentir y saber que nuestra vida, aún en su trayectoria más personal, está abierta a los demás, no importa que sean nuestros próximos o no; quiere decir saber vivir en un medio donde cada acontecer tiene su repercusión, no por inteligible menos cierta; quiere decir saber que la vida es ella también en todos sus estratos sistema. Que formamos parte de un sistema llamado género humano, por lo pronto.

El futuro, como lo que está por llegar, más que presentir, lo vivimos, lo mezclamos con nuestro presente —*todo hoy tiene incrustados trozos de un mañana*— nos responsabilizamos de él, y, por eso, cuando lo planteamos como futuro del género humano la conciencia histórica se hace responsabilidad histórica. El hombre, como creador de su mundo, nos obliga a pensar en la igualdad de todos los hombres y, con ello, a considerar que sus productos, las diferentes culturas, son cosmovisiones equivalentes.

¿Cómo debe participar la antropología filosófica en la constitución de no sé qué futuro? Creo que el discurso sobre el hombre debería proponerse una tarea interpretativa, tarea que tendría que “dibujar un marco general que permita integrar en una superficie común la disparidad y multiplicidad de discursos” sobre el hombre, que *mostrar* la significación que acompaña a toda acción humana, que *intentar formular* proposiciones sobre el hombre que vayan más allá de la información empírica que nos proporcionan las diferentes ciencias, que *asumir* el reto que supone convertir la especulación en teoría práctica capaz de orientar la función humanizadora que le es propia. Marco general, proposiciones, teoría, que con toda clase de cauciones, debe implicar tanto el *explicar* cuanto el *explicarnos*, al mismo tiempo que propone el posible horizonte de una Idea de hombre. Fácil es ver que tal discurso no puede aspirar a convertirse en *corpus canónico*, donde cuestiones de valor y sentido, irrenunciables para él, se representarían como unidireccionales. Preguntas que generan preguntas es la tensión.